



Antonio Fontán

De los partidos de hoy a las Cortes de mañana

La mayor parte de los partidos políticos españoles han respondido positivamente a la invitación del Gobierno y están —o estamos— acudiendo uno a uno, grupo a grupo, cada cual con su carpeta y su acta notarial, a inscribirse en la nueva legalidad. En el momento en que se redacta este artículo ya van unos cuarenta, a los que, en pocos días, se sumarán otros tantos, detrás de los cuales vendrán todavía, en una tercera oleada, los más meticulosos o más lentos, que aún están preparando los papeles.

Muchos españoles, e incluso bastantes políticos, empiezan a preguntarse si no serán demasiados, porque esta multiplicidad genera confusión y puede acabar fatigando al público antes de que empiece la fiesta electoral. Yo quisiera contribuir con estas líneas a calmar las inquietudes de los que se alarman prematuramente, dejándose seducir por las frustradas sirenas de la derecha y de la izquierda, que soñaban con las dos opciones del continuismo y la revolución que el buen sentido del pueblo, la prudencia del Rey y —¿por qué no decirlo también?— la acertada táctica política del Gobierno Suárez parecen haber eliminado del inmediato horizonte español.

La actual proliferación de partidos responde a la realidad política de esta fase de tanteos que precede, no ya a las elecciones mismas, que aún no están ni siquiera convocadas, sino al proceso de formación de candidaturas y a toda la campaña electoral. Está determinada por dos clases de elementos, que concurren hoy, de hecho, en la vida política española. Unos son, por así decir, estructurales, y otros, de coyuntura.

Estructuralmente hablando —valga la expresión—, en una democracia consolidada, los partidos son tridimensionales: se sitúan en un determinado lugar del espacio político en función de sus ideologías, de sus estrategias y de su particular historia. Las primeras, hoy por hoy, en un país industrial y culto por el estilo del nuestro, se reducen, sustancialmente, a dos: personalismo y so-

cialismo. Estas, sin embargo, se extienden a lo largo de una gama de matices, que pueden dar lugar a que dentro de cada una de las dos, o en la zona fronteriza, se constituyan diversos partidos si otros factores coyunturales dan lugar a ello.

Las estrategias —estrategias de poder— son tres: autoritarismo, democracia y revolución. La historia de los partidos es distinta en cada caso. Y si en unos casos contribuye a la dispersión, en otros mantiene unidos a sectores que, en realidad, sustentan ideologías opuestas, como la social democracia humanista y aun personalista de los moderados de la SPD alemana o del laborismo británico, y el radicalismo cuasicomunista de otras alas de esos partidos.

Pues bien, por el momento, en España, los partidos aparecen con varias dimensiones más. Una es la que depende de su posición ante el problema regional. Hay partidos de vocación unitaria, como en la izquierda el PSOE y el Partido Comunista, y en la derecha los que se integran en la Alianza Popular. Otros que parecen —o declaran— aspirar seriamente a un «Estado federal», como los del equipo de la DC del Estado español. Otros, en fin, se plantean en serio las autonomías regionales, pero dentro de fórmulas más imaginativas y modernas, como la del Estado regional, sin postular ni un federalismo de Estado propiamente dicho, ni mucho menos el disparate cantonalista de autodeterminación.

Otra de las dimensiones peculiares del partidismo español, ciertamente transitoria, procede del pasado inmediato. Hay partidos y políticos, veteranos de la oposición al régimen de Franco, que se consideran a sí mismos la nueva «vieja guardia» de la naciente democracia y se niegan al entendimiento con gente muy afines a ellos mismos si éstos dan la mano a alguien que haya tenido algo que ver con lo que pasó en España durante los últimos cuarenta años.

Si a esas dimensiones que he llamado estructurales se añaden las de coyuntura —por ejemplo, el lideraz-

go fulanista de este señor o aquél, la lucha por unas siglas de cierta solera o por una palabra de moda, etcétera—, se comprende que en la fase preliminar de la democracia hayan surgido o surjan en España más de cien partidos distintos. Basta efectuar las correspondientes operaciones de suma y multiplicación aquí esbozadas para alcanzar ese número y aun prever cuántos y cuáles son los que todavía faltan para cubrir las casillas vacías que quedan en el cuadro.

Pero a las elecciones no se va a llegar así. Ya se han constituido coaliciones por parte de los más sensatos. Los personalismos son, por naturaleza, efímeros, como la vida de los individuos que los ocasionan. Los partidos regionales se tendrán que asociar de algún modo, bien unos con otros, bien con partidos nacionales, para abordar los problemas comunes a la totalidad del país. El pasado pasó, y la política, implacablemente, mira siempre hacia el futuro. Los extremos de un lado y de otro no pueden dejar de ser minoritarios, y más minoritarios cada día. A las elecciones, en fin, no se van a presentar en cada circunscripción más que cinco o seis opciones diferentes, las que resultan de la combinación de las dos dimensiones principales de la ideología y la estrategia.

No obstante, unas primeras elecciones, antes de que la democracia esté probada y rodada, no aclararán definitivamente el panorama. En el actual Parlamento alemán hay tres partidos, o cuatro, si se considera aparte la CSU regionalista de Baviera. En el primero de la República Federal de la posguerra —el de 1949— había diputados de once partidos diferentes. Y eligieron como jefe de Gobierno a Konrad Adenauer, el líder de la facción más numerosa —31 por 100 de votos y de puestos—, al que otorgaron su confianza no sólo sus correligionarios de la CDU, sino siete u ocho partidos más, que juntos sumaban casi el 70 por 100 de la Cámara y del voto popular.

28 febrero - 6 marzo 1977